REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | San José de Costa Rica, Lunes 20 de Noviembre de 1922 | No. 8

Estudio para la Quinta Conferencia Internacional Americana

Por el Dr. JUAN FRANCISCO PAREDES,
ex-Ministro de Relaciones Exteriores de El Salvador

[El punto XI del programa de la 5ª Conferencia Internacional Americana, que se reunirá en Santiago de Chile en Marzo de 1923, dice textualmente: «Declaración como principio de política americana, de que los extranjeros no gozan de más derechos civiles ni de otros recursos que los reconocidos a los nacionales por la Constitución y leyes de cada país». ¿Debe declararse principio de la política americana la doctrina anterior? En un estudio brillante, que presentará a dicho Congreso el Dr. Juan Francisco Paredes, ex-Canciller de El Salvador, trata la cuestión con una amplitud de criterio y una alteza de propósitos, que dicen de la valía política de su autor. De ese estudio, separo la parte final para el Repertorio Americano, alta y noble tribuna continental.—Juan Ramón Uriarte.]

Un medio ambiente, propicio, de confraternidad americana, ha nacido al impulso vivificador de las doctrinas contenidas en los diferentes textos constitutivos de los pueblos de América, para el extranjero que más que extranjero viene a integrar una familia, al calor del hogar de una segunda patria, ya que, con muy contadas excepciones, el inmigrante goza en el Continente de los mismos derechos civiles y participa de las propias obligaciones del ciudadano nacido a la sombra de nuestras banderas.

El pueblo haitiano es el único que en su ley constitucional hace expresa limitación de los derechos de propiedad sobre bienes de tierras o haciendas, a cualquier título que sea, prohibiendo su adquisición y goce a los extranjeros, y cuyas disposiciones establecen finalidades y tendencias bien distintas y del todo contrarias a las prácticas y doctrinas proteccionistas que en materia civil informan la ética fundamental de los otros países de América: y es de desearse que, en el período evolutivo de los cinco lustros pasados, desde la emisión de la constitución haitiana, sus instituciones hayan variado en el sentido de su perfectibilidad, prosiguiendo ese impulso natural de generador progreso, que trae inestimables bienes para la vida moral y material de estas colectividades.

La República de Chile, sin referirse en concreto a la calidad de extranjero, proclama, sin embargo, la igualdad ante la ley de todos sus habitantes, Colombia establece el principio de reciprocidad, es decir, que otorga a los inmigrantes los mismos derechos concedidos a colombianos por las leyes de la Nación a que el extranjero pertenece. Cuba exceptúa y limita el goce de ciertos derechos civiles reconocidos especial y exclusivamente en favor de los nacionales. La República Dominicana deja a otro orden de legislación determinar los derechos correspondientes a la condición de extranjeros. Guatemala, así como la constitución de Chile, no se refiere separadamente al extranjero; pero del espíritu de su legislación se desprende la protección al inmigrante y la perfecta igualdad de derechos civiles para todos los habitantes. Uruguay, en una fórmula bien escrita que refleja un ordenado sistema de vida republicana y la orientación definida y estable de sus instituciones, proclama la igualdad ante la ley para todos los hombres, ya se trate de leyes preceptivas, penales o tuitivas. No reconoce otra distinción que «la de los talentos o virtudes». Ecuador hace extensivo a los extranjeros el goce de las garantías constitucionales, en tanto ellos respeten la Constitución y las leyes de la República.

La Constitución de los Estados Unidos del Norte de América y Enmiendas consultadas, no traen una definición esencial que declare para siempre los derechos civiles que asisten al extranjero en el territorio de la Unión y es el único país de América que legisla en el sentido de que, «un impuesto o derecho puede imponerse sobre la importación o inmigración, no excediendo de diez pesos por persona». Además, queda expedito el campo de la acción legal para prohibir dicha inmigración, después del año de 1808.

Si grande es el territorio de la Unión Americana, grande es también la población que lo habita y quizá a ese crecimiento y desarrollo tanto de su población como de su riqueza pública se haya atendido para dejar libre y sin trabas el derecho de legislar plenamente en materia de suyo importante y trascendental.

Es bien sabido que el progreso de aquel gran pueblo ha traido a su territorio una corriente asombrosa de inmigrantes, al grado que todas las razas y todos los pueblos del globo están allí representados y muchos de ellos formando parte integrante de aquel organismo político. Así, pues, dados aquellos precedentes legales, restrictivos y limitativos para el extranjero, es digno de aplauso la labor empeñada bajo los auspicios de la Unión Pan-Americana, al señalar, entre los once importantes puntos escogidos para ser tratados en la próxima Conferencia Internacional de Santiago de Chile, el que motiva el presente estudio. Punto que, al ser objeto de especial consideración en aquel certamen internacional, provocará el intercambio de ideas, con la discusión seria, reflexiva e ilustrada de ese altísimo principio, que, al ocupar puesto de honor en el Código Político de América, significará el triunfo definitivo de los ideales y tendencias de estos pueblos y la labor consciente y altruísta con que prosiguen sus elevados destinos.

Los demás países de América como Argentina, Bolivia, Costa Rica, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Panamá, Venezuela, Brasil y El Salvador, hacen en sus respectivos textos constitucionales, verdaderas declaraciones de Derecho Público y de Derecho Privado, armonizando ambas doctrinas y fusionando en una sola doctrina legal, en que se cristaliza el más exquisito sentimiento proteccionista en favor del elemento extranjero, mediante sabias disposiciones que dan lustre y realce al organismo vigoroso de nuestras Democracias.

Bien puede afirmarse, que la aceptación del principio—«que los extranjeros no han de gozar de derechos civiles y otros recursos más que los garantizados por la Constitución y las leyes de cada país a sus ciudadanos»—no significa, positivamente hablando, una nueva teoría en el campo del Derecho Internacional Americano, sino la ampliación y esclarecimiento de

fundamentales doctrinas, preexistentes en el espíritu y en la letra de la gran mayoría de las Constituciones de los Estados de América.

Llevar al extranjero al uso y goce de los derechos y recursos civiles establecidos para el nacional, es la última palabra, escrita al calor de profundas convicciones. Es una especie de prolongación de nuestros hogares americanos. Es una nivelación de nacionales y extranjeros ante los fueros del Derecho Civil. Es borrar del texto de nuestra legislación la palabra extranjero. Expeditar la acción benéfica del progreso en sus distintas manifestaciones, y, últimamente, una conquista del Derecho Público, pero que ya constituía un precioso bien del Derecho constitucional de la generalidad de los pueblos americanos. Lazo de unión y confraternidad, con mejor orientación legal, estrechará más y más los variados intereses de estos países, haciéndolos solidarios en la gran cruzada del progreso moderno.

* *

Si se estudia la cuestión desde el punto de vista económico, venimos en conocimiento, que las Naciones de Hispano-América necesitan de un gran elemento propulsor de sus muchas e inexplotadas riquezas, de nuevas y vigorosas energías para su desenvolvimiento progresivo en todos los órdenes de la vida perfectible; atraer la inmigración extranjera, vinculándola con los propios intereses, mediante la igualdad de los derechos y recursos civiles, sin diferencias egoístas, de tal manera que el extranjero útil y honrado, venga a encontrar en la nueva Patria una extensión de la suya, por sus cánones, finalidades y tendencias. Todo ello vendría a constituir la base sólida y estable de radical evolución social, que heriría a fondo el localismo tradicional e inveterado, verdadera barrera obstruccionista que hasta ahora ha entorpecido la transfiguración de estos territorios, mediante la acción regeneradora del progreso.

También merece fijar la atención respecto de los efectos naturales de esa disposición igualatoria de los derechos y recursos civiles para nacionales y extranjeros, siendo una de sus inmediatas consecuencias, la terminación para siempre de los injustos reclamos de pueblos poderosos contra nacionalidades débiles, que han dado margen a incalificables intervenciones y atentados que no justifica el derecho, pero que revelan hasta donde puede llegar la acción brutal de la fuerza, protegiendo y pretendiendo ilusorios privilegios del inmigrante, a quien los grandes Estados han colocado preferentemente y por encima del nacional.

Indebidas concesiones y exclusivos privilegios a extranjeros en todos los órdenes de comerciales explotaciones, sin reservas ni limitaciones de ninguna clase, han traido para las nacionalidades de la América Española una serie de fracasos y desastres económicos y graves conflictos internacionales, con menoscabo de su soberanía y real postergación de sus fueros y privilegios de Estados independientes y libres.

Tiempo es ya de que el principio esencial de la Soberanía, que por igual da vida autónoma y libre a los Estados poderosos o débiles del Continente, sea efectivo y práctico sobre la base de la más perfecta equidad, mediante la compensación espontánea de sus naturales derechos. Poner dique al desborde y a la extralimitación, aboliendo clases privilegiadas que la justicia prohibe, pero que las sociedades permiten por mero convencionalismo que se deriva de las leyes de la conveniencia en vez de los dictados de la razón, mediante pactos viciados e informales es el fin de la doctrina que encarna el principio que ha dado origen al presente trabajo. «Los extranjeros no han de gozar de derechos civiles y otros recursos más que los garantizados por la Constitución y las leyes de cada país a sus ciudadanos». Nec lex justor ulla!

Es de desear, que la Quinta Conferencia Panamericana, que oportunamente se reunirá en la capital de la floreciente República de Chile, al estudiar y resolver ese importante tema del cuestionario de sus trabajos, se inspire en realizables fines de verdadero republicanismo, orillando prejuicios y prevenciones, y discutiendo con ilustrado criterio el trascendental principio que dejo considerado brevemente, con la buena intención atrás manifestada. Pobre es mi labor, pero bien intencionada, y quedaré satisfecho, si mi empeño merece, siquiera en parte, la alta atención de la futura Conferencia Internacional-Americanista.

El reflujo

Por LUIS ARAQUISTAIN

En toda sazón son manantial de deleite y enseñanza las historias de aquel gran ciclo de guerras que los griegos hubieron de sostener, primero, contra la barbarie asiática, que amenazaba a la civilización helénica (las guerras médicas), y, más tarde, contra la propia barbarie, contagiada del Asia, que acabó hundiendo los valores más puros de Grecia (la guerra civil del Peloponeso). Pocas historias hay como esas, tan preñadas de emoción estética y perenne ejemplaridad, tal como se narran cronológicamente en Herodoto y Tucídides, y se interpretan artísticamente en los grandes poetas trágicos, y de modo singular en el más trágico de todos, en el trágico del pesimismo y de la decadencia nacional, en Eurípides. Pero nunca el recuerdo de ese período en que se plasma, logra plenitud y decae una de las culturas más geniales de la Historia, vuelve tan tenazmente a la conciencia como a la vista de esta Europa cargada de odios y torpezas que ha sobrevivido a su gran guerra de los Cuatro Años. Y el recuerdo se agudiza aún más precisamente estos días en que Grecia torna por centésima vez a ser derrotada por sus ambiciones y por los asiáticos, a quienes hoy ayudan los propios aliados que ayer aun colaboraron a vencerlos y desterrarlos de Europa.

Derrotaron los griegos a los persas porque eran hombres libres que combatían por su libertad y la de todos; no aceptaban el yugo de nadie, ni propio ni extraño, ni a nadie pretendían imponérselo. Su Gobierno era una democracia; todavía no había penetrado en ellos el virus del Imperio, de la arquía. Herodoto es el cantor de la democracia ateniense. «Es evidente— dice—, no en una cosa sola, sino donde quiera que se ponga a prueba, lo buena que es la igualdad entre los hombres. Aún en la guerra, Atenas, mientras estuvo bajo los tiranos, no fué mejor que sus vecinos; al librarse de sus tiranos, fué con mucho la primera de todas.» En otro pasaje (Libro III, párrafo 80), pone en boca de un persa, Otanes, ideas que probablemente eran más suyas que del orador, más helénicas que asiáticas: «A mí—le hace decir—me parece aconsejable que no gobierne por más tiempo un solo hombre sobre nosotros; el gobierno de uno no es bueno ni agradable... ¿Cómo es posible que la Monarquía sea una cosa bien ajustada, cuando permite a un hombre que haga lo que quiera sin ser responsable? Basta tal licencia para suscitar extraños e inusitados pensamientos en el corazón de los hombres más dignos... Pero lo peor de todo es que (el tirano) prescinde de las leyes del país, condena a los hombres a muerte sin juicio y somete a violencia a las mujeres. El gobierno de muchos, por una parte, tiene en primer término el más bello de los nombres, *isonomie* (igualdad

ante la ley), y luego está libre de esos ultrajes que un rey acostumbra a cometer».

No podían los persas comprender ese lenguaje, como lo revela otro pasaje de Herodoto, en que Jerjes, informado del escaso ejército de los griegos, pregunta: «¿Cómo es posible que puedan hacernos frente, especialmente si, como dices, son todos libres y no hay nadie que los obligue?» A lo cual responde el espartano Demarato: «Libres son, ¡oh, Rey!, y, sin embargo, no libres para hacer cualquier cosa, pues sobre ellos hay un señor, la Ley, a quien temen más que a ti tus criados». Y en *Los persas*, de Esquilo, dos interlocutores, persas ambos, no logran descifrar el misterio de por qué los griegos combaten sin que nadie les fuerce. No comprenden los asiáticos la libertad en la ley dictada y acatada por todos; no entienden lo que es una Democracia. Tampoco la entendían los alemanes antes de la gran guerra, y acaso especularon, como los persas, con la supuesta debilidad interna de dos democracias como Francia e Inglaterra. Sólo la inesperada, la sorprendente derrota les abrió los ojos sobre la fuerza invencible de un haz de pueblos unidos libremente y por amor a su libertad. Hubo en la última guerra de Europa algo de contorno trágico y de la atmósfera espiritual de las guerras médicas.

Pero se engrieron los aliados griegos, como se han engreído los aliados europeos. Atenas pasó pronto de la Democracia a la ambición del Imperio, y no tardó en ser conocida por la «Ciudad Tirana.» (¿No se ve cierta analogía con alguna nación de hoy?) Ya no es sólo Cleón, el bárbaro que pide el exterminio de Mitilene por querer sacudirse esta ciudad el yugo de Atenas, quien dice, según Tucídides: «He observado una vez y otra que una democracia no puede gobernar un imperio... Tenéis que recordar que vuestro imperio (el ateniense) es un despotismo ejercido contra súbditos mal dispuestos que están conspirando siempre contra vosotros... No os dejéis descarriar por los tres enemigos más mortales del imperio: la piedad, los sentimientos elocuentes y la generosidad de la fuerza.» Es también el gran Pericles quien habla así a los atenienses: «Tenéis un imperio que perder y un peligro que arrostrar por parte de aquellos a quienes os habéis hecho odiosos con vuestro gobierno imperial... Pues para esta fecha vuestro imperio se ha convertido en un despotismo, una cosa que en opinión de los hombres es injusto adquirir, pero que en todo caso no puede entregarse sin riesgo. Los hombres de quien yo estaba hablando, si pudiesen hallar partidarios, pronto arruinarían la ciudad». ¿No se oye hablar así también de los antiguos países aliados de Europa? La Democracia se hace Imperio; el Imperio se hará despotismo. Nada de piedad ni generosidad de la fuerza. Los que esto piden son malos patriotas que pronto arruinarían a sus pueblos. Nada de democracia; a lo sumo, una aristocracia, una minoría gobernante de hombres selectos... (Así hablan algunos secuaces de las entretenidas doctrinas de Gobineau.)

Naturalmente, el incremento de poderío de Atenas promovió el recelo y la rivalidad de Esparta; ambas ciudades aspiraban a la hegemonía en la confederación y al privilegio en el reparto del botín colonial. Lo mismo que ahora; poco importa saber quién asume en nuestro tiempo el papel de Atenas y de Esparta; en el fondo, las diferencias son ahora, como ya entonces, escasas, y de ningún modo proporcionadas a su común denominador: el afán de dominio. Y sobrevino, con fútiles pretextos, la guerra del Peloponeso, que agostó los gérmenes, y raíces de la civilización helénica y preparó su claudicante tronco para el hacha romana. ¿En qué acabará Europa? Ese episodio del desastre griego a mano de los turcos parece como el retorno de una clásica tragedia histórica. El preludio. Otra vez la ambición ha arrastrado a Atenas más allá de todo principio de generosidad con el vencido y de libertad con todos. Soñaba con Constantinopla, con la creación de un imperio que dominase toda Asia Menor. Es decir, soñaba el rey Constantino, no los soldados griegos, que como buenos ciudadanos, esto es, buenos liberales y demócratas, saben combatir por la libertad de su patria cuando la intenta invadir y sojuzgar un bárbaro; pero no contra la libertad de otros pueblos, no con fines imperiales. En eso los griegos son como todos, lo mismo ahora que en la antigüedad: heroicos en las grandes causas por el derecho; indiferentes en las injustas.

Ese episodio carecería de importancia si sólo se redujese a griegos y turcos. Pero detrás está toda Europa y toda Asia. Continúan las analogías: mientras Inglaterra estimula a Grecia, como peón ambicioso de sus planes en Asia, Francia apoya a Turquía; también Esparta buscó pronto, en su lucha con Atenas, el socorro de los persas, y con él venció a su enemiga; también ahora Francia ha vencido, por el instrumento de Turquía, no sólo las quimeras de Grecia, sino los proyectos de su aliada reciente y rival suya antes y después de la guerra, la Gran Bretaña. Es el principio del reflujo de la victoria, puesta en peligro por los propios vencedores. Pero nada importaría perder la victoria si no corriese riesgo otra vez la paz del mundo. Se habla de la excitación islámica que ha producido el buen éxito turco. Peor que eso es el efecto que la victoria de Turquía ha de producir en toda la línea de sus antiguos aliados, desde Constantinopla hasta Berlín. Es la primera victoria del desquite. A su rumor, búlgaros, austriacos, alemanes se habrán removido en su postración y habrán levantado la cabeza con una mirada de odio y esperanza. Por su parte, Rusia, auxiliar también de Turquía, espera el momento de arrojar su enorme peso bélico para concluir con un violento equilibrio europeo que trata de estrangularla. Por su parte, Inglaterra verá en esa derrota griega una cuña más en la ya resquebrajada alianza con Francia.

Y entre tanto, mientras la ambición y la ceguera y la falta de piedad y visión histórica iban acumulando combustible para la nueva tragedia, los estadistas bromeaban. «Ha apostado usted a un mal caballo», le decía Lloyd George a Briand, hace unos meses, cuando éste era primer ministro de su país, al enterarse de que Francia apoyaba a Turquía. «El tiempo dirá—le contestó Briand, que ya estaba enterado del apoyo de Inglaterra a Grecia. —Por de pronto, le recomiendo que haga traducir la fábula *La liebre y la tortuga*, de Lafontaine»...

Toda Europa parece un Peloponeso. Corcira y Corinto, Platea y Tebas, Atenas y Esparta... Grecia y Turquía, Francia e Inglaterra, Alemania, Rusia... ¿En qué acabará Europa? En la lejanía, los Estados Unidos, la Roma de mañana, espera, hacha en mano.

(*El Sol*. Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

El poeta del corazón delirante

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

HACE cuatro años Jaime Torres Bodet publicó su primer libro *Fervor*, libro de adolescencia sutilmente penumbroso, con matices que acusaban un temperamento de finura, enemigo declarado de la frase sin numismático abolengo, dueño ya de una expresión que le conquistaría el público de cerrada aristocracia. Sus amigos, los capaces de admirar y entender, dijeron palabras de simpatía, unos cuantos dómines de cotarro denostaron a sus anchas el libro tímido, y el poeta continuó trabajando en silencio, encerrado en su paraíso de ultraterrenos aromas, torciéndole el cuello a cada cisne que se le asomaba en el lago plenilunar de su serenidad.

No ha mucho, cuando se creía que el poeta estaba viviendo una vida que no era la interior, volvió a la ciudad, es decir, al renombre ya seguro y al comentario consagrador, y no sólo traía el pobre bagaje de buena voluntad que portaba el héroe de su poema, sino que bajo las alas le asomaban ágilmente las garras. La vida lo había estrujado entre sus dedos, la ilusión le brindaba «las guirnaldas opulentas del vivir», y la emoción antes dispersa, la ingenuidad del ave que entonó antes—al lucir de la amanecida—el trino de encanto y de ópalo, se habían transformado en ritmo que le atormentaba de verdad la entraña recóndita, estallaban ahora en la salutación del que siendo ya un amante era para consuelo de aquellos que lo mimaban con el augurio, un poeta que desandaba el camino para cortar la propia flor. *El Poema de los Jardines* y *El Poema de la Urbe Cruel*, estremecieron la atención del público exigente, pasado el estruendo de dos justas literarias en las que fué premiado con mirto y laurel, en pleno alborozo septembrino, cuando hasta el ambiente parecía poblado de inexplicables canciones.

La producción que entonces inició ha sido ya ofrecida en dos libros recientes: *El Corazón Delirante* y *Canciones*. Esta página está hoy de fiesta publicando algunos de esos poemas. Torres Bodet ha logrado enterrar muy hondo las raíces de su verbo, no más allá de los tejados, sino en esa tierra fértil y palpitante en la que todos dejamos el tributo de nuestras huellas y que flores hará de nuestros huesos. Leyendo sus versos de *Fervor* para compararlo con el poeta de *Canciones*, se tiene la impresión del crecimiennto: los tallos antes rígidos e incoloros, aunque llenos de savia, han estallado al fin en hojas que saben sorber el rocío o la lluvia, para trocarlos en efluvio y color, y las flores bien abiertas, con los bordes trémulos de un amor que se diría humano, recogen en su seno los paisajes del mundo, metamorfosean la vida en gotas de sangre, y de vez en cuando se asustan, como almas que son, ante la maravilla férvida y espectacular del Universo. El poeta va de la oscuridad a la luz, como la oruga, y al aclarar visiones desnuda su emoción, la hace circular por los versos como sangre por venas que de repente se quejan en heridas, y, por eso, siguiendo los consejos que da el hada al ruiseñor de una de sus baladas, sólo pide que se le deje el corazón.

Nuevo aspecto de su poesía es el mexicanismo que no necesita vestirse de charro para convencer, sino aquel más íntimo, revelador de la esencia legítima de lo nuestro, «el perfume de la patria que desmaya el corazón» y que por los cinco sentidos nos traslada en modos y matices desde la suavidad de nuestro clima de la altiplanicie a las odorancias y esplendores de la comarca tropical. Veréis como estas flores de *El Corazón Delirante*, rojas de sangre, abiertas bien, prometen ya los frutos sápidos de la tierra y el sol, esos que el poeta ha de arrancar de fijo a las selvas vírgenes del dolor purificado y a las honduras místicas del tiempo.

CANCION DE UN PAN MORENO

Pan moreno, pan del indio
de mi raza y de mi sol,
pan que huele a tierra de aguas
y a cántaro con frescor!...

Tienes el color que tiene
el seno que me crió:
seno de india mexicana
caliente de corazón.

Tienes el color que tiene
la que sabe mi canción,
mujer de morenos brazos
que vive mirando al sol.

Eres de trigo moreno
aunque dulce de sabor,
pan del preso y del soldado,
del pobre y del labrador.

A todos te das lo mismo,
como se divide el sol:
tienes oscura la entraña
pero tan claro el sabor!

Por moreno me recuerdas
el seno que me crió
y hueles a tierra de aguas
y a cántaro con frescor.

LA CANCION DEL ABETO

Día a día, te deshojas,
dulce rama del abeto
sobre la calma del seto
ardiente de acacias rojas,

te deshojas y se advierte
que tu vida está contada
porque toda la cañada
vive ansiosa de tu muerte

para ocupar tu lugar
sobre la tierra encendida
que por amor a la vida
¿quién no quisiera matar?...

Rosas reinas y jazmines
que huelen tanto a la luz
vendrán a clavarte en cruz
sobre los claros jardines,

y tendrá que florecer
tu corteza convertida
en flor de la amanecida
o en lirio de atardecer!...

Rama de abeto, cansada
de tanto esperar la muerte,
te deshojas y se advierte
que tu vida está contada,

porque hasta el ave se lleva
con su nido su canción
y deja tu protección
buscando una rama nueva,

una rama nueva y fuerte
que la salve de morir
porque se quiere vivir
aunque se ame a la muerte.

VACACIONES

A José Gorostiza

La mañana ha abierto
su escuela ruidosa
y dicta la rosa
sus clases al huerto.

Dejemos las salas
frías de la escuela,
pongámonos alas:
la mañana vuela...

Rueden las canciones
como alegres aros;
son los días claros
de las vacaciones.

Al salir del río
donde nos bañamos,
cortaremos ramos
frescos de rocío,

y en la paja rubia
del pajar dormido
nuestro cuerpo hundido
deseará la lluvia,

la lluvia que deja
florida la barda
y que, cuando tarda,
enoja a la abeja,

a la abeja roja
de sol y de estío
que zumba en el río
y arde en la panoja...

J. Torres Bodet

(Del libro *Canciones*, Editorial Cultura, México).



La vida de las plantas

Viéndolas crecer

Si algo nos ha preocupado durante muchos días ha sido esto: ¿cuándo y a qué horas crecen las plantas?

Pareciera que esto no tiene mayor importancia, pero como investigar es la vida del hombre, nada debe considerarse indigno de estudio, porque un hecho al parecer insignificante es, a veces, el punto de partida.

Se sabe que la influencia de la luz y *el calor* (y no de toda la luz sino de ciertas formas de luz, o mejor dicho, de cierta modalidad de la *energía radiante)* producen en la planta la asimilación del carbono.

Si hay calor y no luz, o lo contrario, la planta no asimila.

En realidad, el carbón solo es ineficaz y se necesita que cierta forma especial de energía se ponga en contacto con la planta para que haya asimilación.

Más claro: el acto de asimilar no es otra cosa que la incorporación a la planta de una forma especial de los electrones, sea en la manifestación de luz, calor o electricidad.

Veamos ahora el resultado de algunas experiencias:

Si el día es claro, caluroso y reune las condiciones propias, la planta reduce el carbono y casi *no crece;* si el día es a ratos claro y a ratos oscuro, la planta crece algo y durante la noche es cuando crece más. Parece que asimila cuando la energía le llega en cierta forma y que transforma lo asimilado en el otro tiempo.

En las mismas condiciones, unas plantas crecen más que otras.

Hay algunas observaciones que hacer:

a) Al entrar el invierno la germinación de las semillas es violenta y las plantas crecen rápidamente.

b) En los lugares de mucho calor y de días claros y brillantes, la vegetación es prodigiosa.

c) En los lugares de poco sol, de baja temperatura (los altos), la vegetación es lenta.

d) Durante un temporal, días muy oscuros y baja temperatura, las plantas no crecen.

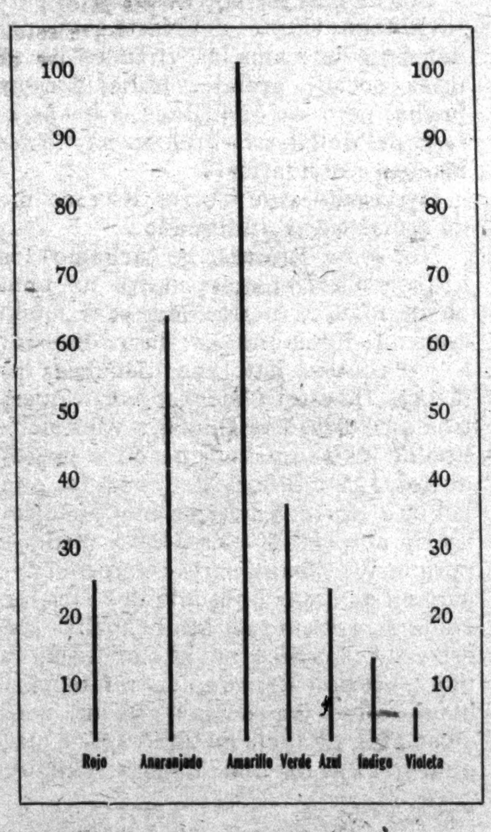
e) En el Norte, durante el invierno, las plantas se adormecen.

«Algunos observadores han encontrado que la descomposición del anhidrido carbónico por las hojas es más rápido bajo la influencia de los rayos *amarillos* del espectro; a un lado y a otro la descomposición disminuye. La tabla dada por Pfeffer da la máxima descomposición al amarillo brillante (100) así:

Rojo 25,4 %; Anaranjado 63,0%; Amarillo *100*; Verde 37,2 %; Azul 22,1 %; Indigo 13,5 %; Violeta 7,1.

Ya en los rayos ultra-violetas no hay descomposición.

La curva puede ser así:



Por otra parte, la rápida vegetación de Suecia y Noruega, que no es calurosa ni de estaciones largas, pero de días brillantes y de mucha duración, es notable».—*Storer*.

Si la tabla anterior es exacta (cosa que estamos comprobando desde hace ya algunos meses) nuestra hipótesis sería la siguiente:

«La única forma de energía radiante, los únicos electrones que influyen en la alimentación de la planta, es la que corresponde en el espectro al color amarillo en todas sus gradaciones, pero no es necesario que sea luz amarilla únicamente la que actúe, pues radiaciones correspondientes a ese color, sean eléctricas, electromagnéticas o caloricas, dan igual resultado».

Así resulta fácil explicar todos los fenómenos al parecer confusos, como el caso de Suecia y Noruega; el crecimiento irregular durante los días variables, la rápida vegetación a la entrada del invierno, el efecto sorprendente de la meteorización y el resultado del radio fosforato de potasa.

Ultimamente el electromagnetismo, (corrientes de alta frecuencia, etc.,) está dando resultados curiosos.

Al hablar de experiencias hechas por nosotros sobre madurez de frutas, nos extenderemos sobre esto.

Ahora conviene que ordenemos todo lo dicho anteriormente:

1º Se asegura que el carbono es indispensable para que la planta desarrolle.

2º El carbono sin la forma especial de energía radiante, que Pfeffer dice corresponde a la luz amarilla, no puede ser fijado.

3º Es más importante o, como si dijéramos, primeramente importante, la energía radiante.

4º El buen crecimiento y desarrollo depende entonces más que de la tierra, del carbono del aire, del clima, etc., de que «la planta esté bañada de la forma de energía útil que ella necesita».

5º Es la fertilidad, cosa que hemos supuesto desde hace mucho tiempo, algo absolutamente diferente a lo que se cree.

De aquí se deriva que la fertilidad que adquieren los terrenos que se roturan en verano o someten a descargas eléctricas o a cambios bruscos de temperatura, es debida a la mayor acumulación de esa energía.

Y parece entonces que la acción, tenida como cosa clara por los técnicos, de los abonos y fertilizantes no es en realidad la que a ellos se atribuye.

Por lo pronto, el abono como *alimento de planta* es un absurdo para nosotros y el resultado obtenido con él, se debe, aunque siempre a la acción de la sustancia que se incorpora al suelo, a razones muy diferentes.

Estamos seguros de que muy pronto el crecimiento de los vegetales podrá activarse suministrando a los campos energía; más claro, vamos llegando a la sustitución del carretillo de estiércol por la ONDA calórica luminosa, eléctrica o electromagnética.

JUAN J. CARAZO.

El libro de Torres Rioseco

[Refiérese el Sr. Vincenzi al tomito *Poetas Norteamericanos: Walt Whitman*, del vigoroso escritor chileno Arturo Torres Rioseco, editado por el señor García Monge en las Ediciones del REPERTORIO AMERICANO. Precio del ejemplar ¢ **1.25**. Exterior: **$ 0.40** oro am.]

ANTE toda otra declaración, he de afirmar que el autor de este opúsculo sobre Whitman es un escritor de méritos. Y me apresuro a decirlo, para indicar mi afán de equidad, porque fuera de ello, hay cosas curiosas e inaceptables contra las cuales han de estar los espíritus vigilantes de América latina, en sus bien escritas páginas. Mucho es preciso exclamar contra la servidumbre que los intelectuales de América han cultivado a los pies de la arrogante Europa y mucho se ha exclamado ya en tal sentido. Pero nuestras juventudes deben entender que la originalidad, pasaje de salvación de los que aspiran a la verdadera gloria, no ha de ser pretexto de pueriles afanes de singularizarse. La originalidad debe llegar sin cometer atropellos contra los valores bien cimentados, en cualquiera rama del conocimiento. No llega a destruir; llega a crear. Y en caso de segura y meditada demolición, sobre los ruinas de inferiores antigualias, planta la grandeza majestuosa y serena de sus castillos. La juventud de América no está en condiciones de olvidar semejantes distingos. Si el joven necesita el aplauso y el estímulo y la deferencia que inspiran tarde o temprano los frutos armoniosos, cultive con toda el alma sus horas de gesta y póngase frente al valor intrínseco de sus posibilidades anémicas, con las energías propias de su genio o su talento. De lo contrario, podrá sorprender con sus alarmas infundadas y sus caprichos de hinchada sonoridad tan sólo a los niños, a los insensatos, a los improvisados o a los pedantes; jamás a los espíritus de selección, que acostumbran escribir y actuar por la virtud de la belleza y la acción y no por el mero prurito de publicidad y fácil éxito.

Ahora puntualicemos: Torres Rioseco no ha creado todavía como crítico sus puntos de comparación; no ha llegado al plano más o menos preciso, para medir con firmeza—criticar es medir—los propios y los ajenos valores que examina. Y por ello le vemos, en las primeras páginas, hablar con la mayor frescura del mundo sobre «*la mediocridad de Tagore*», la insuficiencia de Blanco Fombona, la pseudocrítica de Leopoldo Alas, el trivial lirismo de Kipling, el verbalismo mitológico de Darío, bien que en pocas líneas después reacciona un tanto, y elogia a quienes ha maltratado con su irrespeto e irreflexiva ligereza. Y le vemos menospreciar la labor defensiva que la América hispana realiza día a día contra los Estados Unidos del Norte, por boca de Rodó y por boca de sus mejores hombres, por el motivo simplísimo de que el congregado social que constituye a aquel país, es máximo en su prosperidad y su riqueza. Pero ¿qué nos importa a nosotros que los yanquis valgan tanto como raza, si sus políticos nos persiguen y nos atropellan? Rodó decía admirablemente cuando escribía: «*Admiro a los yanquis, pero no los amo.*» ¿Qué más quiere Torres Rioseco, que reconocer la grandeza de los prusianos de América, al tiempo de sufrir el conquistador imperialismo de sus políticos?

Los elogios de Torres Rioseco para los Estados Unidos del Norte están por demás; conocemos las virtudes de su masa social, grande, trabajadora y buena; pero no olvidamos a los *tagarotes* del dollar y la diplomacia. ¡Pues íbamos a olvidarlos!

La candidez de Torres Rioseco me ha asombrado e indignado.

No, señor Rioseco: no luchamos los hispanoamericanistas contra un pueblo hermano y fuerte. Somos, en modo esencial, humanitarios; pero de esto, a ser tontos, hay una distancia inmensa. De esto a menospreciar nuestros escritores por elogiar a Whitman, uno de los poquísimos grandes poetas de los 125 millones de yanquis que habitan Norte América, hay su diferencia notable. Y elogiarlo a medias, porque Whitman aparece empequeñecido en el audaz opúsculo del escritor chileno residente en Minneapolis. En ese estudio crítico no hay análisis; es una sucesión de simples referencias bien escritas y nada más; es un nervioso afán de lucir metáforas y de menudear citas de una cultura naciente y de soltar ideas poco menos que descabelladas, en cuanto toca problemas cuyos alcances no ha meditado. Torres Rioseco tiene el afán de la notoriedad. Mas si no fuera así, me extrañaría que no siendo él un poeta *ya realizado*, por más que sus facultades son innegables, a mi concepto, me extrañaría que hiciera menosprecio de Blanco Fombona y de Nervo y de Lugones y, en fin, de los más connotados artistas de America, siendo muy inferior, al presente, a todos ellos. ¿No decía yo que Torres Rioseco no ha creado todavía como crítico sus puntos de comparación y no ha llegado al plano más o menos preciso, para medir con vigor los propios y los ajenos valores que examina?

Otras cosas habría de decirle al inteligente escritor chileno que me reservo para mejor oportunidad. Mientras tanto, sepan los jóvenes intelectuales de Latino América que me lean, que yo desearía para todos un poco de mesura en sus aspiraciones, si no la hubiesen empezado a cultivar ya. Mesura y estudio, en lugar de precipitación con propósito de llegar al terreno de la gloria antes de la hora en que sazonan las espigas y cuajan las campiñas sus frutos dorados. Mesura en la originalidad, mesura en la apreciación del mundo exterior y del mundo interno. Por que no es tan fácil como a simple vista parece treparse a una tribuna y hablar con desenfado e improvisación a todo un continente.

El ejemplo de Torres Rioseco, que va a los Estados Unidos a descubrirnos a Whitman, y a enterarse de que los yanquis son hombres sanos y progresistas en extremo, y a percatarse de que la intelectualidad latina hace mal en defender su suelo y su hogar y su sangre, es muy propio para la reflexión de nuestras juventudes. Es urgente, en sumo grado, tener la actitud serena y expectante, frente a los rigores del siglo y las marejadas de la política que los constituyen. Seamos más serios cada vez, jóvenes de América.

MOISÉS VINCENZI

Lugones habla del ambiente literario argentino

LOS AUTORES NO ESTUDIAN

POR F. LOPEZ MERINO

El gran poeta D. Leopoldo Lugones es director de la biblioteca del Consejo Nacional de Educación. Ocupa un puesto que guarda íntima correspondencia con su temperamento singularmente bello y su gran capacidad de hombre infatigable y laborioso. Desde la dirección de esa biblioteca trabaja como ha trabajado durante toda su vida: con entusiasmo ilimitado y firme voluntad.

En ese cargo, exento como ninguno de los exhibicionismos vanos a que obligan los puestos políticos, acaso encuentre alguna recompensa su poliédrica actividad. El admirable educador que hay en él, puede apreciar el estado de la instrucción elemental para emitir más tarde el consejo sereno; el patriota, que nos habló con voz perdurable en las «Odas Seculares» para el centenario de la independencia, puede contemplar desde aquella casa el movimiento intelectual de nuestro país; y el poeta, que apareció íntegro en todas sus páginas escritas, ha de gozar del rumor de cristal que prolongan los niños al pasar atareados y diligentes por los estrados del edificio. El psicólogo acaso advierta la curiosidad infantil cuando las pequeñas manos vuelven las grandes páginas en la sala callada...

En todo esto pienso ahora, después de que me he encontrado frente a D. Leopoldo Lugones. Cuando sólo vivía en el silencio íntimo de mis fervorosas lecturas, cuando sólo me daba a la sugestión intensa de su admirable pensamiento, cuando mostraba a mis ojos el raciocinio bello mecánicamente impreso en el libro, no pensaba sino en la grandeza de aquella alma y en el poder de aquel talento. Entonces, Leopoldo Lugones era para mí un personaje sin vida material. Habíanse dilatado en forma tan extraordinaria mis mejores setimientos al enfrentarse emocionalmente ante sus versos, y había sido tan intenso mi esparcimiento estético en presencia de sus imágenes mejores, que yo no podía imaginarlo viviendo la existencia de todos... Superioridad de espíritu debía de llevar quien así se idealizaba en la imaginación pacífica del lector ignorante. Y verdaderamente, debe tener exceso de alma quien, como Lugones, con tanta generosidad ha interpretado las grandes almas de su época.

Tarea ciclópea debe ser—y por otra parte sólo deparada a una minoría selectísima—la de hacer revivir en la forma definitiva del libro la inmensidad de un alma. Equivale a reanimar el gesto humano más alto—y a repetir los pensamientos más nobles. El escritor de quien me ocupo, intuye a veces el pensamiento noble que la grande y poderosa alma que interpreta no tuvo tiempo de pronunciar... La «Historia de Sarmiento» y el «Elogio de Ameghino» nos hablan de eso. Después de leerse el primero de estos libros, puede decirse que se ha visto pasar, como duplicada por un cristal de agua, el alma múltiple y vigorosa de Sarmiento. Y así siempre Lugones. La cita de cualquier otro de sus libros en este breve comentario me obligaría a reincidir en el epíteto entusiasta, que termina resultando una impropiedad...

El gran poeta nos recibió en el pequeño recinto donde está instalada la Dirección de la Biblioteca del Consejo Nacional. Nuestra timidez de ignorantes se puso en evidencia frente a aquel hombre extraordinario que sin saber quiénes éramos ni dónde llegábamos, nos obsequió con la bondadosa amabilidad de su trato simple y llano, poniendo en él y en las hermosas palabras que nos dijo, toda la sinceridad de que es capaz un alma como la suya. Leopoldo Lugones fué durante el largo rato que conversó con nosotros, un amigo, el más talentoso que tuvimos jamás. Mi primer pregunta fué de recuerdo para el inolvidable compañero del maestro: Rubén Darío. Lugones evocó con cariño los momentos pasados frente al poeta ausente, nos habló de la vida atormentada que había llevado en sus últimos años y del sedimento de tristeza que había dejado en él la muerte de Darío. Pasamos luego a cosas del país. Como mi compañero le hablara acerca de un libro de versos que llevaba en la mano, el último, de uno de los poetas argentinos más discutidos, recuerdo que nos dijo más o menos así:

—Ese joven es un poeta verdadero, pero no quiere trabajar. Ha tomado un mal camino, porque lo que hace en verso, no es síntesis sino meros apuntes. Síntesis es la reducción de una carretada de flores a una gota de esencia... Pero el defecto de no trabajar, está, por desgracia, muy generalizado en España y entre nosotros. Las letras de aquel país se han venido abajo en los últimos años a causa de esa haraganería intelectual. Ustedes podrán observar tomando la mayoría de los libros españoles recientes, que son plagios de libros extranjeros.

Una interesante fotografía



LUGONES Y DARÍO

Sentados a la mesa familiar, en casa del primero y en París.

(Envío de HÉCTOR NARANJO. La Plata, y en 1916).

No se puede escribir nada bueno en el café ni en el tranvía. Los literatos que proclaman que no se debe trabajar, dan un ejemplo pésimo a los jóvenes, pues les hacen pensar que en la obra de arte puede entrar la especulación.

»Se ha repetido siempre que el poeta debe cantar espontáneamente, como el pájaro, pero esa es una imagen muy falsa, porque el hombre no es como el pájaro...

»En la Argentina, hay un caso típico. Almafuerte, uno de los hombres de más talento que ha tenido el país, declaraba constantemente que improvisaba sus poesías, y proclamaba que no se debía leer nada, absolutamente nada. Yo jamás creí en eso, pero acaso en sus últimos años haya sido así. Nunca como entonces fué tan grande su decadencia. En esa época de su vida escribió el «Apóstrofe», ese disparate que contiene una carretada de insultos y perdió hasta el don de la imagen que lo tenía bien acentuado por cierto. Ultimamente, todo lo rellenaba con adjetivos. Yo no creo tampoco que la erudición libresca perjudique a nadie, ni que frecuentando a otros escritores se pueda perder la personalidad. Eso queda para los que no la tienen... Sarmiento, el hombre de más personalidad que hemos tenido, buscaba la compañía de todos. En otro orden de cosas, he tenido que constatar dolorosamente todos los días que la juventud no trabaja ni estudia. Llegan a esta biblioteca infinidad de jóvenes de ambos sexos que no pueden informarse de ciertas cosas, por no saber el francés. Una civilización que no conozca el idioma de Francia, se parecerá a esas personas que son cojas y que renquean con la otra pierna... Yo recuerdo que cuando era jovencito, leía solamente libros extranjeros. Entre varios amigos nos arreglábamos para traducirlos».

Conversando acerca de las costumbres y de los escritores, recuerdo todavía estas frases suyas:

—Otra cosa que me ha causado risa, es la indumentaria de algunos de ellos. Ese afán que tienen de salir de lo vulgar por medio del traje; creen que deben llevar corbata voladora y sombrero de alas amplias. Deben de tener muy poca personalidad cuando así la echan para fuera...

—Qué habrá pensado de Paul Fort? —musitó en voz baja mi compañero.

—El caso es distinto, nos dijo Lugones. En Europa están en eso mucho más atrasados que nosotros; allí casi se pueden distinguir por el traje. Si se les encuentra en la calle se sabe que se trata del zapatero, del carbonero, del joyero... Y con el intelectual pasa lo mismo. Pero entre nosotros, no tiene razón de ser. Algunos lo hacen para que los miren. No es nada agradable que le claven a uno la vista, y además, eso puede servir para la vanidad de mujerzuelas, pero no de nosotros.

Sabiendo, por experiencia propia, el gran interés que existe por conocer la obra de Leopoldo Lugones, totalmente agotada, le hice la siguiente pregunta, cuya respuesta viene a disipar todo lo que se ha tejido sobre el asunto:

—¿No tiene usted intenciones de hacer una reedición de sus obras?

—Sí,—nos contestó—he pensado hacer la segunda edición de algunas de ellas, pero cuestan mucho en este país. Cuando estuve en Europa, tuve la idea de reeditarlas por mi cuenta porque en los editores de allá no existe, por suerte, ese afán de lucro y

Lista

de contribuyentes para el pago de la deuda exterior de Costa Rica

Contribución anual $ 5.00 oro am.

Vienen 13

Rogelio Sotela, San Jose.
Adela Ferreto, Heredia.
Manuel Valerio, San José.
Ismael González Chaverri, San José.
Luisa González, Heredia.
Macario Carballo, San José.
Víctor Cordero, Heredia.
Benjamín Herrera, Escasú.
?
?

ALAJUELA EN PIE

Sesión de la Asociación Patria, verificada en la ciudad de Alajuela, a las diez y nueve horas del ocho de Noviembre de mil novecientos veintidós. Concurrieron los socios Licenciado Víctor Manuel Elizondo, quien presidió, Br. Ricardo Reyes Vargas, don Francisco Picado, don Carlos Lizano, don Ramón Méndez, don José Rafael Córdoba, don Juan Piedra, don Jorge Ocampo, don Francisco González, don Mariano Guerra, Lic. don Ramón Aguilar, Br. don Alejandro Fernández Hernández, Ing. don Publio Martínez, don Herminio Jiménez, don César Aguilar, don Rogelio Ruíz, Lic. don Elieser Sibaja y don Víctor Chacón.

Artículo 1º—El señor Presidente de la Asociación leyó un artículo escrito por el profesor don Roberto Brenes Mesen, publicado en el REPERTORIO AMERICANO, en el cual ese ilustre escritor costarricense excita a todos los hijos de Costa Rica para que contribuyendo cada uno con la suma de cinco dólares anuales, se trate de amortizar la enorme deuda extranjera que pesa sobre el país. Seguidamente, el señor Presidente expuso lo siguiente: Que nuestra Asociación no es solamente un Centro deportivo, porque en el artículo segundo de nuestros estatutos se ha ordenado que la asociación, además de preocuparse por su progreso físico, se preocupara altamente de su adelanto intelectual, y del cultivo de las virtudes morales y cívicas; que ya que el REPERTORIO AMERICANO ha acogido las ideas del señor Brenes Mesen y ha levantado una suscrición para el pago de la deuda extranjera, es el momento de demostrar que nuestro patriotismo no debe solamente aparecer como adorno de Reglamento de la Asociación, sino que estamos dispuestos a practicarlo en toda ocasión, e hizo moción el señor Presidente para que la Asociación contribuyera con la suma de cinco dólares anuales para el pago de la Deuda Nacional: que esta hermosa iniciativa se comunique a todos los centros deportivos del país, excitándolos a que contribuyan del mismo modo, y que la Asociación levante una suscrición provincial con tan patrióticos fines.

Puesta a discusión esta moción, cada uno de los socios con entusiasmo y simpatía elogiaron el consejo patriótico del señor Brenes Mesen y la labor del REPERTORIO AMERICANO, para llevarlo a la práctica, y se acordó: Que la «Asociación Patria» contribuya con la suma de **diez dólares** anuales y no cinco; que la Asociación levantara una contribución provincial para el pago de la deuda; que todos los que quisieran contribuir en esa forma deben depositar en la tesorería de la Asociación, de un dólar a cinco dólares, por lo menos, siendo obligación del Tesorero, depositar el dinero en el señor Director del REPERTORIO AMERICANO, a fin de que éste lo haga ingresar en una casa bancaria de reconocida honorabilidad; que la Asociación debe comunicar este acuerdo a todos los centros deportivos del país excitándolos para que trabajen con iguales fines y a la vez al señor Director del REPERTORIO AMERICANO y a otras personas de reconocido patriotismo.

Artículo 2º—etc.

Terminó a las veintiuna horas.

VÍCTOR Ml. ELIZONDO
Presidente

FRANCISCO PICADO SOTO
Secretario

de comercio que tienen los libreros argentinos. Pensaba hacer eso, cuando estalló la guerra y todo quedó en la nada...

Leopoldo Lugones tiene libros como «Didáctica», «Historia de Sarmiento» y «Odas Seculares» que son de interés permanente. Cuando le hice el elogio de este último, recuerdo que me dijo:

—Esa obra llenó bien su objeto; era un libro cíclico. No se había escrito todavía en el país algo semejante. Algunos explotaron los mismos temas, pero no lograron hacer nada orgánico. Respecto a esto de mis libros—continuó diciendo—la gente ha inventado y difunde la mentira de que yo me estoy enriqueciendo con ellos. Nada menos cierto. Ya verá esa gente el día que me muera—y puede ser pronto, por desgracia para mí—si estaba rico... Otra invención de la calle es la de que soy una persona inabordable; me pintan como a un Puerco Espín. Puede usted ayudarme a desvanecer todo eso...

Cuando finalizó la conversación y nos despedimos, el gran poeta, tomándonos fuertemente las manos, nos dijo estas bellas palabras que acaso no olvidemos jamás:

—Ustedes me han traído lo que de más valor existe sobre la tierra: el afecto.

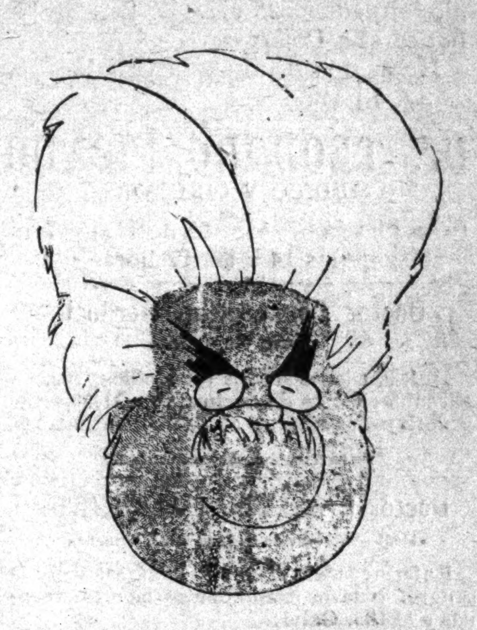
Setiembre 27 de 1922.

(*Nueva Era*. Buenos Aires).

Millerand, orador

POR RENÉ VIVIANI

(*Trad. de* ERNESTO MARTIN)



ALEXANDRE MILLERAND

(*Caricatura de* E. GARCÍA CABRAL)

CÓMO este hombre se ha destinado a la vida política? ¿Por qué ésta ha ejercido sobre él, desde su juventud, atracción tan poderosa? ¿Qué cualidades a ella le predisponían? ¿Podía él prever, podía preverse por él, a la hora en que tantas ilusiones acompañan la vida, la plenitud de su éxito? Y no hablo solamente de su elección presidencial. Ella no es sino un acceso, sin haber sido nunca un fin. Hablo de esta metódica y larga ascensión que recuerda, según la conocida imagen, la marcha robusta y alegre, en que se reprime sin embargo, del montañés hacia el aire puro de la cima. Y bien! De quienes juzgan por las apariencias, yo no creo que muchos, desde sus comienzos, hayan podido adivinar su porvenir. Yo le conocí cuando su notoriedad era completa, exactamente el 31 de diciembre de 1891, fecha en la cual llegué a ser su colaborador político. No sé si había tenido ilusiones, pero sé que no necesitó nunca los estímulos ficticios de esa deliciosa quimera que encanta el presente con detrimento del porvenir. Habría parecido poco preparado para la elocuencia, si tuviesen razón los que la simbolizan en el atropamiento rápido de las palabras y creen que ella nace solamente del don, porque no saben que también viene de la labor, que no es nada si no es una colaboración permanente de la sensibilidad que arrastra y del espíritu que la refrena. Puede decirse: de la labor procede la fuerza de Millerand. Porque lo quiso triunfó, hacia sus veintidós años, en la Conferencia de los Abogados, de la cual fué Secretario—detrás de Poincaré que alcanzó el primer lugar;—en esa Conferencia temible (y lo digo, pasados ya treinta años, todavía con el calofrío de la emoción) que es el más difícil de los auditorios. Al mismo tiempo aparecía en la Conferencia Molé. Era sólido y fuerte. Pero cuántos jóvenes parecían llamados a pasarle adelante en la vía de la tribuna! Y su propio ejemplo nos sirve para averiguar la virtud de la palabra pública, lo que ella es, lo que con ella puede hacerse.

A la hora de la inconsciente juventud, admiramos generalmente la facilidad de elocución, su encanto, su flexible y natural elegancia. No hay, en realidad, presente más funesto. De una parte, en efecto, la facilidad de elocución no es sino una ayuda pasajera en los comienzos, y quien de ella está dotado se inclina a menudo, de otra parte, a creerse investido de todos los dones y no fortifica su cultura todavía naciente. Por último, si el genio de la palabra está en la expresión, lo está sobre todo en el ordenamiento, es decir, aun cuando la palabra sea lírica y arrebatada, en una obra de composición y de lógica. Se llega a ser orador. Es un maestro inmortal quien lo ha dicho. El genio de la palabra consiste en entrever—del seno de las meditaciones solitarias, encadenando las consideraciones y los argumentos, enlazando los anillos del pensamiento bajo la acción suprema de una emoción santa—el alma del auditorio ante el cual va a levantarse el hombre solo. El mismo fenómeno debe producirse en la improvisación (para la cual, en sus comienzos, el orador es impropio, y con razón) por el hábito de la pronta concentración del pensamiento. Villemain ha pronunciado la palabra definitiva: «Nadie está mejor preparado que un improvisador.» El improvisador, en efecto, habla sobre ideas que largo tiempo ha llevado en sí. Cuanto a la forma, reflexiónese que le basta a un orador tener a su disposición de mil quinientas a dos mil palabras, de las cuales debe, por una revisión severa de su lenguaje, hacer una selección tal que el vocablo sea siempre propio, la imagen exacta, la metáfora adecuada al hecho; y entonces una suerte de memoria inconsciente, cuando se tiene costumbre de acudir a menudo a ella, pone las palabras naturalmente en los labios. Las palabras pertenecen a todos; pero lo que no pertenece sino a algunos, es la adivinación de lo que será el auditorio y de la fuerza o la habilidad que frente a él ha de emplearse.

En este arte de la oratoria, alejado desde su juventud de la facilidad aturdidora que cae tan a menudo en la locuacidad, Millerand es un *debater*. No habla, obra. No trata de impresionar sino de convencer; no prodiga las gracias con frecuencia marchitas de la retórica; no trata de gustar; se inquieta poco de saber si le dan la razón, con tal de que, ante el tribunal forzosamente arbitrario de su conciencia, sienta él que tiene la razón. No garantizo que los acontecimientos, y menos aun los hombres, se hayan acordado siempre con sus juicios. Falible yo mismo, como todo ser, no me encargo de extender certificados de infalibilidad. Pero hay de todos modos algo de sorprendente y aun de grande en el espectáculo de este hombre, aislado en su fuerza, sobre el campo de combate cívico, extraño en apariencia a sus

emociones. Cuanto a su forma, es mesurada y grave. No reviste Millerand su pensamiento de la armadura que resplandece en los días de batalla y que, para el adversario hábil en el juego de la esgrima, presenta a menudo más de un defecto. Lo envuelve en un vestido flexible y fuerte, suficientemente ajustado para que aparezca la musculatura podoresa.

No vaya, sobre todo, a suponerse que esta cualidad de *debater*, que este arte de anular los argumentos en un haz y herir con él a los adversarios en la cabeza, sea un hábito que ha conquistado en el Foro. Es un error muy común suponer que el Foro prepara para la Tribuna. La Tribuna no tiene peor enemigo. Dignaos reflexionar, en efecto, que en la barra el abogado debe decirlo todo, leerlo todo, deletrear—para hablar así—todos los caracteres de su expediente; que se arriesga a comprometer su causa si calla algo, aunque le parezca secundario; que, en una palabra, debe empeñarse en una obra de análisis. Dignaos reflexionar que en la tribuna el orador está perdido si abandona la síntesis, y que los dones más diversos y el estudio más paciente no le impedirán cansar al auditorio, si diluye en lugar de concentrar. La diferencia entre las dos formaciones es tal, que hay una regla inflexible, de la cual no he visto escapar a nadie. Todos los hombres públicos abogados al mismo tiempo que han conquistado el favor de la tribuna, han subido a ella jóvenes todavía, cuando la marca profesional no se había aún impreso en sus frentes. Que me sea autorizado un recuerdo: en 1883 el Senado asistió con emoción al duelo oratorio que puso frente a frente, sobre la cuestión de la expulsión de los príncipes, a Challemel-Lacour y a Allou. Este último, gran abogado, maestro de la elocuencia judicial, había sido el jefe glorioso de nuestra corporación. El abogado fué abatido, como el árbol por el huracán, al soplo implacable del filósofo político. El abogado tenía sesenta y tres años, y hacía su estreno!

* *

Se siente uno siempre tentado, ante una alta personalidad, a buscar el lazo intelectual por el cual se puede unirla a los hombres del pasado. Y cuando se trata de un hombre de tribuna, se pregunta uno de cuál escuela procede y de dónde tomó los elementos de su arte en las horas de su juventud. Tres grandes elocuencias paralelas y que, naturalmente, no se confunden nunca, descienden a través de nuestra historia política. La una ha estallado, junto al Sinaí revolucionario, en palabras de fuego y entre relámpagos, en los labios de Mirabeau, de Danton y de Gambetta. Otra, magnífica y ordenada, torrente impetuoso que sin embargo respeta sus diques, nos viene de Vergniaud, por el General Foy, Lamartine, Jules Favre, De Mum y Jaurés. Thiers ha creado la flexible elocuencia moderna: él ha hecho, si se acepta esta imagen osada pero exacta, él ha hecho de la palabra el florete del pensamiento, y de él se han formado los maestros que se llaman Emile Olivier, Jules Simon, De Broplie, Buffet y Waldeck-Rousseau. Millerand es de otra familia. Desciende de un hombre que no tuvo antepasados y que, sin él, se hubiera quedado sin heredero. Millerand nos viene de Dufaure, el abogado que resumía el más complejo debate en un cuarto de hora, el orador sin gracias y sin esplendores inútiles que todo lo derribaba a su paso. Como el viejo maestro inquebrantable, Millerand discute, separa, corta, rompe. El mismo método, la misma marcha lenta y segura. Muy pocos arranques, una indignación que se refrena, una fuerza íntima que colora la frente, una voz grave y profunda, la misma concentración temible al rededor del núcleo al cual todo converge, la misma réplica formidable. Si se escucha cerrando los ojos para evitar la distracción, se oye crugir la tesis contraria. Millerand gusta, por encima de todo, de la claridad de las situaciones, y a su costa, a menudo con perjuicio suyo, define su pensamiento con alguna rudeza. No busca él esa popularidad secundaria que no es sino una moneda grosera, y si su mano se hubiera alguna vez tendido, no habría sido hacia otro salario que el que paga el deber satisfecho. Dice lo que quiere decir. ¿Es ello un bien? ¿Es un mal? ¿Nuestra alma latina no prefiere que la encanten? La agilidad que envuelve y que, por circuitos, acaba por llegar al fin, ¿vale políticamente, y si vale desde este punto de vista, vale moralmente más que la fuerza que va hacia adelante? La marcha así entendida ¿no conduce a lastimar las almas, aun las más propicias, y no menosprecia demasiado los imponderables? Para la ductibilidad excesiva ¿no conduce a veces al camino de las concesiones irremediables? Se disertaría acerca de ello largo tiempo. La perfección querría el empleo, por la misma mano, según los casos, de los dos métodos. Y los escépticos, para quienes nada es sagrado, declararán que, después de todo, un sistema que se sucede al otro crea el equilibrio en el tiempo. Sin darse cuenta, aceptan así la hipótesis de la eternidad...

Me desolaría que se pudiera pensar por las líneas anteriores, que el orador es frío. Millerand tiene en sí la pasión generosa, sin la cual no se llevan a cabo los grandes designios y que, para

analizar su obra, según el temperamento del hombre, se difunde en arrebatos o, contenida, procede con tenacidad infatigable.

Qué miseria, de todas suertes, la palabra! ¡Qué tormentos comunica, sobre todo cuando se ha extinguido, cuando la lava se ha apagado! No se sabe, por supuesto, no se sabe nunca lo que ha costado al orador el éxito, aun secundario, que de él hace el favorito de una hora. Se sabe todavía menos lo que le cuesta la acción y las penas que le asaltan cuando, lejos de la muchedumbre, el silencio al fin le es restituido. ¿Se ha reflexionado que si la elocuencia es, como dicen, el arte más bello, es al mismo tiempo el más precario? ¡Que se le compare con los otros!

En los símbolos de mármol en que el hombre que pasa ensaya eternizar su ensueño, entre esas pinturas inmortales en que el color y la vida, por el genio de uno solo, desafían al tiempo, la humanidad encuentra hace siglos las fuentes puras de una admiración continua. Del corazón del gran músico, hoy adormecido lejos de los ritmos sonoros, a través de los siglos ha brotado la sensibilidad que se confunde con la de su auditorio. ¿Y qué no puede decirse del poeta? El orador lleva en sí su obra. Pero ¿qué es un discurso que no se pronuncia? Ahora bien, cuando el orador comienza a hablar, depende de la muchedumbre, debe imponerse a ella en la lucha que se establece inmediatamente entre su alma y el alma colectiva de los que le escuchan. De lo contrario está perdido. Su arte es, pues, un combate y ¿qué queda de él? ¿Quién puede, pasados los años, darse cuenta de la más magnífica arenga y de su prestigio? Es preciso, en efecto, para comprender un discurso y admirarlo, colocarse por el pensamiento en medio de los sucesos que lo han engendrado, y esta investigación retrospectiva ¿qué espíritu puede tentarla? Todos los discursos del mundo desde Demóstenes, sometidos a una selección severa, privados de sus escorias, reducidos a sus solos tesoros, incluidos en los graves sucesos de que han surgido, cabrían en un volumen! Y sin embargo, el orador ha dado a los otros lo que de mejor posee y como la superabundancia de su alma!

El hombre público tiene, empero, una compensación: la palabra es su instrumento y el resultado es su obra. Bajo la forma perecedera en que ella se trasmite, la idea queda; y si el gesto del sembrador se desvanece aún antes de que caiga el hombre, la semilla ha penetrado en el surco inmortal. El hombre público, por consiguiente, si puede ser escéptico, por su exceso de sensibilidad, acerca de la sobrevivencia de la palabra, tiene, pues, cuando ha actuado con éxito, la satisfacción del resultado. Así la palabra no es nada sin el acto, y aun resulta estéril si no sirve para preparar o para explicar la acción. Así la palabra no vale sino por el pensamiento.

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirla. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto .... ¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración 2-00
Para el extranjero, el número suelto .... $ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas) .... 3-50 » »
La página de avisos, por inserción .... 20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Hemos recibido

Heredia, 6 de noviembre de 1922.

Al Sr. García Monge.

Estimado don Joaquín:

Escribo a usted con el deseo de exponer mi pensar, una vez leído el artículo de don Roberto. En la frase aquella: «Para crear una corriente de pensamiento favorable a un propósito, conviene la lucha permanente y no la pasividad a que conduce la certidumbre de que ya no hay peligro de oposición», expresa el Sr. Brenes Mesén una síntesis muy hermosa de lo que debemos entender por nuestra labor cívica.

Yo escribo a Ud. estas cortas frases porque siempre he entendido que en nuestro país, además de la simiente ideal que en el alma del niño debemos ir sembrando, nos resta que hacer una labor de crítica, de examen austero de los hechos humanos.

Trato, pues, de sincerarme; el aspecto de lucha que nos aconseja Brenes es el que he meditado muchas veces: no concibo la lucha ciega sino de crítica pura. A veces he deseado ver en nuestro magisterio una gran confraternidad y sentirlo actuar con su vigilancia en las entrañas de la República. Pero cuando los grandes hechos se aproximan, la voz del maestro no se oye porque está aislado, expuesto a las censuras del mundo o a la incomprensión del negociante en ideas. No se comprende que la idea es espíritu y que es necesario vivirla con cuerpo y alma. Hay los repetidores que se disfrazan con ideas, como cuando las maritornes andan vestidas de terciopelo. Nadie podría creer que los profetas de la tierra prestaran vestido a los políticos de todos los tiempos. Políticos hay, como dice Ortega y Gaset, desde el sabio hasta el gobernante. A cada momento tropezamos en la calle con un político; si en la vida privada, si en la pública, hábilmente pondrá los hechos en favor del provecho y conveniencia personales. Así el medio nos da tiranos por la fuerza y tiranos por la habilidad.

Cuando precisa que el maestro examine los hechos humanos, poniendo asímismo los suyos a la luz, se le encontrará en una aula, resolviendo secretas y ridículas exigencias que no van a poner al niño en actitud de comprender que la finalidad superior no es hacer una multiplicación, sino educarse a sí mismo.

De esto se queja el Sr. Brenes Mesén y de esto tenemos la culpa todos: tanto los que sostienen el conservatismo como una alhaja que nos estuviera dando grandes riquezas, tanto los que dejan vivir a falta de crítica, estos vicios ancestrales. Si mi opinión pudiera valer, yo aconsejaría al señor Director de la «Escuela Costarricense» que orientara esta revista en el sentido de los dos aspectos que aquí marco: ideas y crítica. Debe dársele a los maestros la oportunidad de opinar; ¿de qué otro modo entonces se va a educar la opinión pública? El estancamiento, como dice Escobar, perjudica más que el torrente.

Me gustaría hacer labor de análisis, por que siempre estoy de acuerdo con aquello de José Vasconcelos: «Si somos justos, si somos intransigentes con la maldad y enemigos jurados de la mentira; si no transigimos con la verdad a medias ni con la injusticia incompleta, ni con la fama usurpada, entonces seremos verdaderos y ejemplares maestros».

Soy muy att° servidor,

V. Cordero

Vendemos

Calila y Dimna (Fábulas)........ ¢ 1.50
Como si fuera ayer. Por E. Rodríguez Mendoza (A. de Géry)........ 6.00
Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica. Por Diego Carbonell...... 5.00
Enrique Federico Amiel, Por R. F. Giusti........ 3.00
La Flauta de Onix. Por Arturo Borja. 2.00
Glosas. Por Eugenio D'Ors........ 3.50

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica